

*La fiesta del Chivo: ¿Novela histórica?**

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo **
Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.

Cuando el historiador y el politólogo (en la versión del “político” inclusive) se aproximan a libros como éste, donde la frontera entre la fantasía y la realidad (histórica y política, que no necesariamente son sinónimos) es tan ambigua como la vida misma y a un autor tan decididamente partícipe de las controversias de su tiempo, que se hace difícil concebirlo desdoblado sólo como un novelista cuyas opiniones de hombre público no estarían interviniendo en su “mirada creativa” (para el caso de esta novela centrada, por decirlo de alguna manera, en la época de la tiranía de Leonidas Trujillo en República Dominicana, la “mirada” es, más bien, “recreativa”)... les es difícil asumirse como simples lectores dispuestos a disfrutar, sufrir e incluso repudiar una novela y se sienten, más bien, retados a contrastar su contenido con los “hechos”; pues historiadores y politólogos parecen estar condenados a constreñirse a lo constatable en la “realidad”, o —tratando de ser algo más precisos— a los testimonios que sobreviven de ella, esto es: a lo que recogen los documentos, los periódicos, la correspondencia pública y privada, las

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Este escrito fue elaborada en Noviembre de 2000, mes en el que fue sometida a la consideración de este Comité. La aprobación para su publicación en **Presente y Pasado. Revista de Historia** fue dada a comienzos de Diciembre de ese año.

** Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983). Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1995). Profesor Asistente adscrito al Departamento de Historia Universal de la Escuela de Historia (Facultad de Humanidades y Educación) de la Universidad de Los Andes en el área de Historia Moderna y Contemporánea de Europa. Autor de *La Mudanza del Tiempo a la Palabra* (1996) y *Los Torcidos Caminos Hacia la Libertad* (en prensa). Es miembro del GRUPO DE INVESTIGACIONES SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA (GRHIAL).

fotografías, los video-tapes, las películas, las grabaciones sonoras, la memoria individual y colectiva, la publicidad, los manuales escolares, la diatriba político-partidista, las fórmulas de saludo, los juegos de azar, las recetas de cocinas, las prácticas médicas, las tendencias arquitectónicas... y un creciente etcétera que la Historia de las Mentalidades incorpora constantemente como posibilidades para extraer información y reconstruir la “realidad” de la que emanan... Por ello cuando el historiador y el politólogo se acercan a novelas como ésta (...“de base histórica”...) no pueden evitar el pretender desentrañar la “historicidad” de los personajes y sucesos sobre los que discurre la fábula de Vargas Llosa en 518 páginas: ¿era en verdad impotente el tirano Trujillo? (¿o no podría dejar de serlo a la edad en la que Vargas Llosa lo “recrea” en esta novela?), ¿fue cierta la “justicia poética” que se dio con el jefe del aparato represivo de la dictadura, el “coronel” Johnny Abbes, al recibir —él, su esposa, hijos, sirvientes, perros, pájaros, gatos, conejos y gallinas— a manos de “Papa Doc” en Haití, una muerte peor que las tantas que aupó?, ¿existió el Senador Cabral o con este nombre se encubre algún personaje real?, ¿cuánto de realidad recoge la novela al narrar la increíble transición de la dictadura a la democracia en República Dominicana de la mano del “presidente fanteche” Joaquín Balaguer?...

Y trazar la división entre “fantasía” e “Historia” en esta novela del autor peruano-español no es sencillo, no apenas porque ella está armada tanto con datos extraídos de la historiografía aceptada en los círculos académicos y de investigación, como de la información proveniente de los recuerdos dispersos y sobre los que no termina de haber consenso en cuanto a su “legitimidad” como “fuente” para la Historia; sino también porque la “realidad” en la que nos “reconocemos” los latinoamericanos se “parece” más a la “fantasía” que al relato de los textos historiográficos, por lo que nos “convence” más (o, tal vez, nos “atrae” más, incluso a los que pretendemos fungir como “profesionales” de la Historia o de la “Ciencia” política) la “versión” que da Vargas Llosa del régimen de “Chapita”, que un texto académico, con su riguroso

aparato crítico y empleo de fuentes incontrastables para la crítica estricta a la que han sido sometidas, sobre el período y nos gustaría que hubiese sido cierto que Balaguer, apenas con la amenaza de una invasión estadounidense, lograra someter una tradición de tres décadas de régimen personalista para abrirle las puertas a las prácticas democrático-partidistas... Es posible que, por esta afinidad entre la literatura y la cotidianidad tan nuestra en la que nuestras vidas responden a una “lógica no—escrita”, o al menos diferente al “orden formal” que se pretende darles (desde la época colonial misma) a través de leyes e instituciones, nos sintamos, como ciudadanos de a pie e independientemente del oficio en el que intentamos sobrevivir, más cerca de Vargas Llosa, García Márquez o Herrera Luque, que de cualquiera de los más reconocidos historiadores de cualquier nación latinoamericana... y que, por lo mismo, entre nosotros los venezolanos, tenga más “éxito editorial” Eduardo Blanco y su *Venezuela Heroica* que Gil Fortoul y su *Historia Constitucional de Venezuela* o que se “reconozca” (en los medios de información masiva, al menos) por “historiadores” más a Jorge Olavarría y Oscar Yáñez que a Elías Pino Iturrieta y Manuel Caballero.

De cualquier manera lo interesante, para historiadores o no y para politólogos o meros “opinadores”, de esta novela de Vargas Llosa no radica tan sólo en la habilidad de éste para “reconstruir” algunas páginas de la Historia de la República Dominicana en el siglo XX; sino porque nos permite indagar, desde nuestra particularidad latinoamericana, en una de las interrogantes fundamentales sobre el problema que significa la comprensión del *Podery* que, ya en la segunda mitad del siglo XVI, planteó, en Francia, *Etienne de la Boétie* en su *Discurso sobre la Servidumbre Voluntaria*, mediante la pregunta que Pierre Clastres califica de “trans-histórica”: *¿cómo es posible que la mayoría obedezca a una sola persona y no sólo la obedezca; sino que la sirva y que, además, quiera servirla?...* interrogante que ha recibido multiplicidad de ensayos de respuesta; pero que no ha sido satisfecha y que, por ello, su vigencia no ha fenecido.

Y este problema “trans-histórico” y primordial para la comprensión del acontecer humano, como lo es el relacionado con el Poder, presente en todos los tiempos y en la mayoría de las formas de organización social, a la Historia o a la Ciencia Política no les es fácil abordarlo, porque están atadas a sus “prejuicios metodológicos y teóricos”, lo que las condena a no poder transgredir los límites formales de lo fáctico (lo que ocurrió; no lo que pudo haber ocurrido) y siempre que sea posible verificarlo testimonialmente.

En efecto, explicar las razones por las que un sistema de gobierno, al que la sociedad calladamente tiene que implorarle autorización para subsistir, permanece inamovible por más de treinta años (en el caso dominicano traspone la desaparición física de Trujillo) no admite argumentos sencillos, razón por la que las causas no puede esperarse que sean develadas tan sólo consultando las fuentes históricas, recurriendo a los razonamientos de la Ciencia Política o indagando en los patrones del comportamiento humano... Ellas habitan espacios más amplios e intrincados, a los que corresponden a la naturaleza compleja, plural e impredecible que define a los seres humanos.

Es por eso que el autor no se conforma con recoger los señalamientos comunes en cuanto al uso de la violencia, la recurrencia al castigo y el premio como sistema de gobierno y la construcción de mitos en torno al caudillo y su gobierno como las bases populares sobre las que se sostendría la institucionalidad... Y no puede limitarse el acercamiento al régimen de Trujillo a esas “explicaciones”, porque no bastan para comprender por qué las familias aristocráticas dominicanas le rendían pleitesía a un ...“descendiente de esclavos”... (p. 367), por qué en algunos de sus seguidores el fervor por él ...“era más fuerte que el sentimiento filial”... (p. 433); ni por qué, contrario a lo que se esperaba, el pueblo (que se “entendía” como privado de libertad y dignidad [p. 246]), al enterarse de la muerte del tirano no salió a la calle a vitorear a sus ajusticiadores (p. 316); sino que se hizo gigantesca multitud proveniente de las afueras y pueblos vecinos de la capital, y lloró al

Generalísimo durante y después de su velación (pp. 458-459); es más, parte de ese pueblo se incorporó a la búsqueda y castigo que, con sevicia, se hizo tras el asesinato del “Jefe”:

...“su cadáver [el de uno de los tiranicidas] fue sujetado ... en el techo de un volkswagen, y ... fue exhibido a los mirones del parque Independencia, por donde sus victimarios dieron una vuelta triunfal, mientras otros *caliés* entraban a la casa ... una turba codiciosa comenzaba, ante las miradas burlonas o impávidas de la policía, a saquear la casa, apoderándose de todo lo que no habían robado antes los *caliés*, casa a la que, luego de saquear, destrozarían, destablarían, destecharían y por fin quemarían hasta que, al anochecer, no quedara de ella más que cenizas y escombros carbonizados” (p. 362).

Vargas Llosa hurga, sin que con esto pretenda agotar el tema (lo que no se le puede exigir —y esta es otra de sus ventajas sobre la historiografía y la teoría política, sociológica o psicológica— a una novela), en otros aspectos de la compleja realidad dominicana (del presente y del pasado), tales como: 1) el miedo a ser absorbidos por Haití y quedar reducidos a un ...“puñadito de blancos sobrevivientes, [que] serviría a los negros”... (p. 215), 2) la inevitable participación de los dominicanos en la heterogénea tradición mágico—religiosa heredada de su Historia (p. 420), en la que, no sólo la fórmula “Dios y Trujillo” (p. 292) la expresaba en tanto que éste habría relevado a aquél, en 1930, en la tarea de conducir a su pueblo (p. 293), sino que, aún muerto el “Jefe”, el espíritu de él continuaba esclavizando a los que le temieron en vida (p. 411) y en la conversión de la obediencia a Trujillo en los ritos repetitivos de la misa, la confesión, la oración y la comunión (p. 301) que, tal y como recomendaba San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales*, llenaban de contenido el vacío que habría en los dominicanos y 3) el oscuro y voluble deseo de las minorías y las mayorías por obedecer y que se hizo patente en la circunstancia de que a los funcionarios del régimen ...“les gustaba ensuciarse ... Trujillo les sacó del alma una vocación masoquista, de seres que necesitaban ser escupidos, maltratados, que sintiéndose

abyectos se realizaban” (p. 76) y en el bautizo de la capital del país, calles, plazas, puentes... con los nombres de los miembros de la familia de Trujillo o con los de sus títulos (p. 468).

Leonidas Trujillo, nos invita Mario Vargas Llosa a pensar, y éste es otro de sus desafíos para los historiadores y los politólogos, no fue apenas un accidente en la Historia dominicana; sino expresión de ella, vale decir del pueblo que le confiere sentido, porque el dominio de las armas y la manipulación de las mentes no bastan para explicar su existencia, es necesario ahondar en los detalles más pequeños del alma de los hombres y mujeres de la que él emergió y encarnó... Como, por ejemplo, de su vinculación con ese “detalle”, gigantesco para los dominicanos en particular y los latinoamericanos en general, que es la música y con la que el tirano, en el caso dominicano al menos, supo – ¿conscientemente? – vincularse:

...“Dijo que el merengue se bailaba en los clubs y las casas decentes gracias a él [Generalísimo Leonidas Trujillo]. Que, antes, había prejuicios, que la gente bien decía que era música de negros e indios”... (p. 504).

